

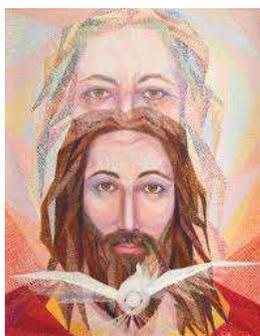
La vocación del padre Félix

El niño Benedicto Félix Rougier Olanier nació en el corazón de Francia en la montañosa región de Auvernia, en un pueblecito llamado Meilhaud, perteneciente a la diócesis de Clermont-Ferrand.



De buena cepa

Félix fue el primer hijo de tres varones que tuvieron el matrimonio de Benedicto y



Luisa. Esta pareja de esposos campesinos de firme fe y trabajadores empeñosos, compraron una propiedad rural llamada Les Iles (Las Islas) y ahí fincaron una familia dedicada al trabajo, el estudio y la oración. La mamá del padre Félix, una mujer que tenía un gran talento natural y una buena formación religiosa pues había estudiado con monjas, decidió consagrar a María a cada hijo que nació en su matrimonio.

Tomaba a sus chiquillos recién nacidos, su primera salida era para ponerlos en el altar a la Santísima Virgen y consagró el mayor, Félix, al Padre Celestial; el segundo, Emmanuel, a Jesús y el pequeño, Stanislas, al Espíritu Santo.

La vida cotidiana

Estos tres niños crecieron en un sano ambiente de campo, en donde esos tres elementos eran cotidianos e indispensables: el trabajo, el estudio, la oración.

Como Meilhaud era una aldea pequeña, los niños tuvieron que ser inscritos en un pueblo vecino, Puy-de-Dome para hacer la primaria y más adelante para cursar la secundaria fue inscrito en un colegio que se llamaba *La Chartreuse* en Puy (Haut-Loire). Félix era un muchacho atlético, deportista, alegre y travieso; le gustaba ir con sus amigos a pescar truchas al río; inventaban travesuras divertidas como una vez que una banda del colegio con más de cincuenta músicos dio un concierto al aire libre y a Félix y a sus amigos se les ocurrió ir a comer limones con sal delante de la banda. Estos empezaron a salivar de tal manera que se acabó el concierto.

Y otras travesuras del ese estilo que revelan que era un muchacho lleno de vivacidad.

Una visita inesperada



Un día de mayo de 1878 llegó al colegio un anciano obispo que quería dar una plática a los muchachos. Se reunieron todos en el gran patio del colegio, presidido por una hermosa estatua de María. Sentaron al obispo en un gran sillón y comenzó a explicarles lo que eran las misiones de los padres maristas en Oceanía. El obispo, que se llamaba Louis Eloy y que pertenecía a la Congregación de María, había pasado toda su vida entre los aborígenes de aquella islas de Oceanía y les explicaba a los chicos de las condiciones extremas del clima, de cómo esos pobres hombres andaban semi desnudos, que hacían guerra terribles entre ellos, que aun persistía el canibalismo en algunas tribus y también les contó cómo, de su congregación habían muerto violentamente algunos de sus hermanos misioneros a manos de aquellos salvajes. Les dijo que todavía había islas muy pobladas que no habían sido visitadas por



ningún misionero y que por lo tanto, jamás habían oído la Palabra de Dios, ni mucho menos oído hablar de Nuestros Señor Jesucristo; entonces, lleno a amargura y casi a punto de desmayarse monseñor Eloy reunió la poca fuerza que le quedaba para gritarles a aquellos 400 jóvenes reunidos: “¿Quiénes de ustedes me quiere prometer ahora venir a ayudarme a salvar esas pobres almas? Levanten la mano”. Se hizo un silencio absoluto, los jóvenes acobardados ni la mirada levantaron y entonces, el padre Félix nos cuenta qué paso: “Yo miré en torno mío, sin que ninguna mano se levantara; sentí interiormente un movimiento irresistible, y me determiné en un segundo a irme con el obispo misionero, y levanté la mano”. “Moi”, gritó Félix con fuerza levantando la mano y todos los ojos de aquellos 400 muchachos se posaron en él.

La fuerza de Félix

Según sabemos, por lo que el mismo padre Félix luego contó, en un segundo decidió su vocación y nunca se echó para atrás. ¿De dónde sacó la fuerza? ¿Cuál era su secreto? Pienso que todo estaba en su gran devoción a la Santísima Virgen. Desde pequeño su mamá lo enseñó a amar y a honrar a la Virgen María; so sólo con el rezo diario del Rosario sino con lecturas, invocaciones, ofrendas a Ella. Félix conocía lo que los Evangelios nos han contado de María. Para él, era su devoción central y probablemente la vocación de María lo había



impresionado siempre: “Hágase en mí tu Palabra; aquí está la esclava del Señor”. El sí de María fue absoluto y total. Ni dudó ni se agobió ni se echó para atrás”. Este modelo de vocación fue el modelo que siempre tuvo el padre Félix.

Una vez estando con los padre Maristas, hizo su noviciado, profesó, estudió filosofía y teología; lo mandaron a estudiar Sagradas Escrituras a Barcelona, en España y a dar clases a los alumnos más pequeños. El 24 de septiembre de 1887 es ordenado sacerdote en la ciudad de Lyon, Francia.

Al fin las misiones

Es nuevamente mandado a Barcelona y estando ahí recibe la orden de trasladarse



a Colombia el 24 de octubre de 1895. No será la misión en Oceanía, con las que soñó siempre, pues fueron el motor de su vocación, pero en Colombia lo esperaba también un campo de misión. El 17 de noviembre de 1895 llega a Colombia junto con otros compañeros y ahí le aguardan tareas muy complejas y muy

interesantes: la fundación de dos colegios, la pastoral de pobres y enfermos, la atención a diversos poblados, la prensa, la dirección espiritual, las relaciones con políticos y militares. Pero estalla la guerra civil en Colombia y el 30 de noviembre de 1900 recibe la orden de abandonar aquel país. El padre Félix puede salir de ahí el 20 de enero de 1902, con orden de sus superiores de ir a México.

Su vocación se ensancha

A mediados de febrero lo encontramos en la ciudad de México en donde lo nombran superior y párroco de la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes con la tarea de atender especialmente a los ciudadanos franceses que había en la ciudad.

El día 4 de febrero de 1903 tiene un encuentro providencial con doña Concha Cabrera de Armida, en el confesionario de la iglesia, que le cambiará la vida. Dejemos que el mismo padre Félix nos lo cuente:

El día 4 de febrero estaba yo por salir a la calle, cuando me llamaron al confesionario; antes de que me llamaran estuve tres veces para salir, y me sentí detenido, hasta que por fin subió el sacristán y me avisó que una señora me estaba esperando en el confesionario. Era la señora Concepción Cabrera de Armida, que fue el instrumento de Jesús para llamarme a participar de las Obras de la Cruz. Estaba yo haciendo esos días una novena al Espíritu Santo, para que se sirviera la tercera Persona llamarme a un campo de más perfección.

Conchita comenzó entonces a confesarse; me había dicho antes que al venir de la casa de su mamá se bajó en el tren de Santa María, sin pensarlo, en la bocacalle del Colegio de Niñas (a unos 50 metros del templo).



En vano intentó varias veces subirse otra vez en los tranvías de Santa María, sintiendo el impulso de ir al templo a confesarse, a pesar de haberlo hecho esa misma mañana en santo Domingo. Al fin triunfó Nuestro Señor y Conchita entró al templo del Colegio de Niñas, en la capilla de Nuestra Señora de Lourdes, llamando con el timbre que estaba cerca del confesionario. Bajé luego y me senté.

Después de algunas palabras, Conchita comenzó a hablarme de mi alma durante dos horas, de 10 a 12, segura de sí y como si Nuestro Señor la inspirara, de todo mi interior, diciéndome lo que en mí no le gustaba (sin habernos conocido nunca) y alguna otras cosas que le gustaban.

Yo sentía en mi alma claramente la verdad de las cosas que se me decían, y esto mismo me dio confianza en mi nueva penitente. Luego que Nuestro Señor me dio así a conocer que le debía tener confianza, me comenzó ella a hablar de las Obras de la Cruz (entonces solamente estaba fundado el Apostolado de la Cruz y las Religiosas de la Cruz).

Me habló del espíritu propio de estas Obras, y de repente me pareció tan hermoso, que me vino al pensamiento la idea de la congregación de hombres que fuera hermana de las Religiosas de la Cruz.

De repente dije a Conchita:

- ¿Hay un Oasis de hombres?
- No, me contestó, pero lo habrá, porque Nuestro Señor ha dicho que después de aprobado el de mujeres, se fundaría el de hombres, ambas cosas en favor de los sacerdotes.

Me habló así de 10 a 12, y finalmente quedamos de hablar por la tarde y me dio su dirección (FJR, AyS, 2da parte, [1r-2v]. 37-38).

Vocación a la Cruz

Esta fue la puerta que orientó al padre en otra dirección y que le costó la incomprensión de sus superiores y de sus hermanos de congregación. En julio de 1904 viajó a Francia para pedir al padre Antonio Martín el permiso de fundar, pero le fue rotundamente negado, y casi como un castigo, le prohibieron escribir cartas a doña Concha Cabrera, a los obispos de México y lo mandaron a Barcelona en donde estuvo enseñando francés a niños pequeños, pidiendo limosna de puerta en puerta y confesando religiosas.

En 1909 es trasladado a Francia, al colegio que los maristas tenían en Saint-Chamond (Loire). Ahí da clases, y es director espiritual de los alumnos.

Fundador

El 16 de diciembre de 1913, por intervención de monseñor Ramón Ibarra, arzobispo de Puebla y por súplica de Conchita que se entrevista con el papa Pío X, se concede el permiso de fundar los Misioneros del Espíritu Santo. Con bastante trabajo, los superiores dan permiso para que el padre Félix vaya a México a fundar.



El 25 de diciembre de 1914, a puerta cerrada a causa de la Revolución Mexicana, se fundan los Misioneros del Espíritu Santo en el Tepeyac. El padre Félix, asiste conmovido para comprobar cómo Dios cumplió lo que había prometido a su sierva Conchita.

Un apóstol incansable

El padre Félix desarrolla esta nueva etapa de su vocación con toda energía; además de atender a los Misioneros del Espíritu Santo, se ocupa de trabajar en las Obras de la Cruz, en la prensa escrita pues funda dos revistas que hasta el día de hoy permanecen: La Cruz y Pentecostés; además funda tres congregaciones religiosas femeninas, todas ellas con la Espiritualidad de la Cruz con miras a ayudar al Pueblo Sacerdotal y fomentar las vocaciones, evangelizar y atender a los sacerdotes, en especial a los más necesitados. Estas congregaciones son: Hijas del Espíritu Santo; Misioneras Guadalupanas del Espíritu Santo y Oblatas de Jesús Sacerdote.

El padre Félix vivió su vocación con toda alegría y no rehuyó ningún trabajo, por difícil que pareciera. Se hizo mexicano con los mexicanos y buscó por los medios a su alcance por sumarse a esa tarea de salvación a la que Jesús lo había invitado cuando era un joven de 18 años y a la que había respondido con entusiasmo: "Moi".

Al referirse a la vocación de alguno de sus hijos Misioneros, escribió esto:

¡Oh, Jesús, has escogido a tus Misioneros desde la eternidad para que te sigan!... ¡Felices nosotros! ¿Y qué hicimos para merecerlo? ¿Cómo vamos a ser tus copias vivas? ¡Qué misión tan divina de tus sacerdotes! (FJR, ECC I y II, 153).

El padre Félix murió en la ciudad de México el día 3 de enero de 1938. Había celebrado sus cincuenta años de sacerdocio en septiembre de 1937. Cuando murió, estaba rodeado de sus hijos e hijas él pudo tener la certeza de que Dios había hecho, no mucho, muchísimo bien a través de su generosa respuesta a la vocación que había recibido desde toda la eternidad y que él había visto brillar como una chispa en aquel lejano día de mayo de 1878. Valió la pena decir que sí al Señor.

